

cada vez mas prepotentes en el Mediterráneo, logró formar una liga entre el rey Felipe, el mismo pontífice y la república de Venecia, á que se unieron los caballeros de Malta. El mando de la escuadra combinada se dió á D. Juan de Austria, con el título de generalísimo, bajo cuyas órdenes estaban los generales del papa y de Venecia, siendo su segundo el comendador Requesens. La nobleza española dejando de ser turbulenta, no habia cesado de ser guerrera, y en estas ocasiones de empeño y lucimiento, se presentaban en gran número los jóvenes de las familias principales como voluntarios, y á su ejemplo hacian lo mismo los italianos: en esta vez fueron muchos los que ocurrieron á servir bajo las órdenes del hermano del monarca, y tal el entusiasmo general, que aun el anciano duque de Alba escribió á D. Juan (1), manifestándole su sentimiento por no poder acompañarlo, "prometiéndole que á no estar ocupado en Flandes, ningun soldado llevaria de tan buena gana como él, sin impedírsele sus sesenta y cuatro años y sus indisposiciones, porque una carrera, le dice, aunque sea de mucho trabajo, no hay caballo, por viejo que sea, que no la pase, en especial tomándola con buena voluntad." D. Juan salió de Sicilia con la escuadra cristiana, al mismo tiempo que el bajá se hizo á la

(1) Carta del duque de Alba á D. Juan de Austria, fecha en Bruselas á 3 de Mayo de 1571, dándole algunos consejos para los negocios de la guerra. Navarrete. Coleccion de documentos inéditos tom. 3.º f. 273.

vela, dirijiéndose de Constantinopla á las costas de la Grecia, con la armada turca. Encontráronse el 7 de Octubre de 1571 en el golfo de Lepanto, célebre ya en la historia romana por la batalla de Accio, en que se decidió la suerte del imperio entre Augusto y Marco Antonio, y desde entónces no se habian visto en el mar tan poderosas escuadras. La de la liga se componia de doscientas y tres galeras con otros buques de ménos porte, que en todo hacian el total de trescientos treinta y seis bajeles, llevando á su bordo ocho mil soldados españoles, seis mil italianos y otros tantos alemanes, con un número mucho mayor de galeotes, empleados en el remo y otros servicios. La armada turca excedia á la cristiana en el número de galeras, pues tenia doscientas veinticinco y sesenta galeazas y otros buques menores, con mas de veinticinco mil hombres de pelea, sirviendo al remo multitud de cautivos cristianos. El combate fué muy empeñado: D. Juan de Austria ocupaba el centro, mandando la derecha Marco Antonio Colonna, general de la armada pontificia, y la izquierda Agustin Barbarigo, que lo era de las galeras venecianas: la reserva quedó á las órdenes del comendador Requesens y del marques de Santa Cruz con las galeras de Nápoles. La galera real que montaba D. Juan, combatió con la almiranta turca que fué tomada al abordage, y la cabeza del bajá Halí colgada en lo alto del palo mayor, fué la señal de la victoria, que costó caro

á los cristianos, pues habiendo sido sangrienta la accion, murieron en ella Barbarigo, muchos oficiales de cuenta y mas de siete mil soldados, siendo mucho mayor la pérdida del enemigo. El triunfo fué completo: ciento diez y siete galeras turcas, con muchos barcos menores y gran cantidad de cañones y pertrechos, quedaron en poder de los cristianos; otras muchas se fueron á pique ó dieron contra la costa: tres mil y quinientos turcos fueron hechos esclavos, restituyéndose á la libertad millares de cautivos cristianos, que contribuyeron á la victoria rompiendo sus cadenas en medio del combate, y atacando dentro de sus mismos buques á los turcos, cuando mas empeñados se hallaban en la pelea; mas entre tanto dichoso que recobró entónces la libertad, la perdió en esta ocasion el autor de D. Quijote, que herido en un brazo, llevó toda su vida en su mano manca, la señal de haber concurrido á la victoria mas gloriosa que las armas cristianas habian ganado sobre las lunas otomanas. El papa S. Pio V, transportado de gozo al recibir la noticia, exclamó con las palabras del Evangelio: *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes.* "Hubo un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan," haciendo alusion al del jóven príncipe que habia ganado tan esclarecido triunfo, é instituyó con este motivo la fiesta del Rosario, que la iglesia celebra hasta el dia, y muy especialmente es de grande solemnidad en la república mexicana. Felipe se hallaba en el

coro del Escorial rezando vísperas con los monjes, el 8 de Noviembre octava de Todos Santos, cuando llegó el correo, que por señal de la victoria traía el estandarte real tomado á los turcos, tenido por ellos en gran veneracion: D. Juan Manuel, criado de la cámara, entró al coro demudado de gozo, á comunicar al rey tan agradables noticias: este, no alteró en nada su semblante ni interrumpió el rezo, y cuando las vísperas fueron acabadas, previno al prior hiciese que los monjes cantasen el *Te Deum.* Salió entónces á su aposento, y leyendo los despachos que el correo habia conducido, dijo con gravedad: "Mucho aventuró D. Juan." Esta fria observacion ha dado motivo á creer, que veia con zelo la gloria de su hermano, y que recibia mal los aplausos que á este se tributaban.

Los frutos de tan gran victoria estuvieron léjos de corresponder á su importancia, porque la discordia entre los generales de los aliados fué causa de que nada se emprendiese, volviendo la escuadra cristiana á Sicilia: los venecianos se separaron poco después de la liga, haciendo la paz con el gran señor, que no solo quedó dueño de la isla de Chipre, sino que adquirió algunas otras de las pertenencias de aquella república. España sin embargo, siguió por sí sola la guerra, y en el curso de ella su escuadra se apoderó de Tunez, cuyas fortificaciones mandó Felipe destruir, pero D. Juan, que aspiraba á ser rey de aquel pais, no solo no obedeció, sino que hizo fortificar la Goleta:

el rey su hermano desaprobó estas pretensiones ambiciosas, aunque apoyadas por el papa, persuadido que era imposible sostener aquel reino en la costa de Africa, lo que obligaria á empeñarse en una guerra perpetua. El éxito probó cuan fundado era este concepto, pues la Goleta fué atacada por fuerzas superiores y tuvo que rendirse, y el rey, atribuyendo la desordenada ambicion de D. Juan al influjo de su secretario Juan de Soto, lo apartó de su lado y puso en su lugar á Juan de Escobedo, en quien tenia entonces mucha confianza.

En los Países Bajos, la guerra continuaba con el mayor encarnizamiento. Las provincias de Holanda y de Zelanda se declararon por la revolucion, y aunque á los principios las fuerzas superiores de los españoles obtuvieron en todas partes ventajas, estas se desvanecieron muy pronto, porque tenian que luchar con las dificultades que ofrecia un terreno anegadizo, cortado por multitud de canales y en que era menester pelear con toda la poblacion, poniendo á cada ciudad un sitio en que los habitantes se defendian con la mayor constancia. El príncipe de Orange Guillermo de Nassau, que habia pasado de Francia á sus estados de Alemania, con los fondos que los sublevados le enviaron levantó un ejército, con el que penetró en Flandes, y aunque no pudo conseguir que el duque de Alba alzase el sitio de Mons, de cuya ciudad se habia apoderado el conde Luis, hermano del de Oran-

ge, con los auxilios que le ministraron los protestantes de Francia, se volvió á Holanda, y las ventajas marítimas que los holandeses obtuvieron, destruyendo la escuadra española y apoderándose del navío almirante que se llamaba la Inquisicion (1), les dieron en el mar una superioridad que conservaron durante toda la guerra. En la prosecucion de esta, las provincias se dividieron en la forma en que han continuado hasta ahora: aquellas en que se habla el holandés, que están situadas en la proximidad del Rhin, y de las diversas bocas por donde este sale al mar, en las que se habia extendido mas la religion reformada, se unieron entre sí y formaron mas tarde la república de Holanda, gobernándose desde entonces de una manera independiente, pero conservando cada una su gobierno particular, y todas nombraron por jefe del estado, con el título de Stathouder, al príncipe de Orange, cuya dignidad vino á ser hereditaria en sus descendientes que ocupan hoy el trono. Las otras provincias en que predomina la lengua flamenca ó walona, permanecieron con varias alternativas bajo la dependencia de España, y han venido despues á formar el actual reino de los Países Bajos. El duque de Alba continuó ejerciendo el gobierno hasta el año

(1) Para perpetuar la memoria de este suceso, se acuñó una medalla que representaba el buque tomado, que era uno de los mayores que entonces se conocian, con la inscripcion: *Inquisitio, inquirendo nimis, se ipsam sedulo perdidit.* "La inquisicion, inquirendo demasiado, se perdió á sí mismo de propósito."

de 1573, en que tuvo por sucesor al de Medina Celi, que considerándose él mismo incapaz para gobernar en tan difíciles circunstancias, pidió su retiro y fué nombrado en su lugar D. Luis de Requesens, que á la fama justamente adquirida de gran soldado, unia un carácter suave y condescendiente. En el tiempo que gobernó, se ejecutaron las mas atrevidas empresas que honran los fastos militares de la nacion española; pero ademas de las dificultades que los enemigos le oponian, tuvo que luchar con las que eran todavía mayores y procedian de la falta de paga á la tropa, que frecuentemente se amotinaba por este motivo, y en estas sediciones se apoderaba de algunas ciudades ó distritos para vivir á discrecion, oprimiendo á los habitantes con toda especie de malos tratamientos. Estos pesares condujeron al sepulcro á Requesens, y por su fallecimiento entró á gobernar el consejo de estado, que por debilidad ó inclinacion, dejó tomar cuerpo á la revolucion, uniéndose todas las provincias en una asociacion, que tuvo el nombre de la pacificacion de Gante, quedando libre el ejercicio de la religion católica ó reformada, y llamaron para gobernar al archiduque Matías, y descontentos de éste al duque de Alenzon, hermano del rey de Francia, aunque el gobierno efectivo estuvo siempre en manos del príncipe de Orange, hasta que algunos años adelante fué asesinado, crimen que se imputó al rey Felipe, y tuvo por sucesor á su hijo el príncipe

Mauricio, tan gran militar y político como su padre, y que como veremos, tuvo la gloria de consolidar y hacer reconocer la independencian de aquellos estados. Gobernando el consejo de estado, la falta de disciplina en la tropa llegó á su colmo, formando los soldados un gobierno militar, bajo el mando de los jefes que eligieron, y entre los varios excesos que cometieron, atacaron y tomaron la ciudad de Amberes, que entregaron al pillage y á las llamas, y siendo entonces una de las mas opulentas de la Europa, se calculó la pérdida en diez y siete millones de florines. En circunstancias tan apuradas, Felipe, despues de mucho vacilar, confirió el gobierno de los Países Bajos á D. Juan de Austria, que se hallaba en Milan con el título de vicario de los estados de Italia, y ántes de encargarse del mando pasó á España á pedir los recursos necesarios para proseguir la guerra, y combinar el plan que en ella habia de seguirse. El rey le autorizó á conceder á las provincias rebeldes todo cuanto pidiesen, á excepcion de la libertad de conciencia, en cuyo punto estuvo siempre inflexible. D. Juan atravesó la Francia disfrazado, é instruido en Paris por el embajador de España, D. Diego de Zúñiga, que todas las provincias se habian adherido á la pacificacion de Gante, excepto la de Luxemburgo, pasó á ella con la mayor celeridad.

La presencia de D. Juan en los Países Bajos, no sirvió mas que para empeorar el estado de las cosas.

Con artificiosa y pérvida política se comprometió á observar la pacificación de Gante, para lo que publicó el edicto que se llamó perpetuo, y convino con los estados en que saldrian del pais las tropas españolas y todas las demas extranjeras; pero al mismo tiempo que pedia á aquellos los fondos necesarios para el pago de los sueldos atrasados de los soldados que habian de marchar, embarazaba su salida con diversos pretextos; se apoderaba por sorpresa de Namur, fingiendo visitar las fortificaciones al pasar por aquella ciudad, y mandaba á Madrid á su secretario Escobedo á pedir nuevos refuerzos, cuya correspondencia interceptada por los protestantes de Francia y comunicada á los flamencos, hizo conocer á éstos el doblez con que D. Juan procedia, y los decidió á llamar al príncipe de Orange, que se trasladó á Bruselas á encargarse del gobierno general. D. Juan se movió entónces contra las tropas de los estados, habiendo obtenido ventajas considerables, que fueron compensadas con la gran pérdida que sufrió, siendo rechazado en el ataque del campamento del conde de Bossut, que mandaba el ejército de aquellos, los cuales por este tiempo celebraron un tratado con la reina de Inglaterra, que se obligó á auxiliarlos con tropas y dinero, y disculpó esta conducta con Felipe, pretendiendo que con ella no se rompía la paz que habia entre ambos reinos, pues solo tenia por objeto impedir que los sediciosos se entregasen á una potencia

enemiga de la España; agravio que Felipe disimuló por entónces, resuelto á vengarlo en mejor ocasion. Sin conocimiento de este, trataba D. Juan de casarse con María Stuard reina de Escocia, y aun tambien con Isabel de Inglaterra, cuyos tratos publicados por el príncipe de Orange, pusieron en desconfianza á Felipe, y á esto se atribuyó la muerte de Escobedo, asesinado en Madrid la noche del 31 de Marzo de 1578, al entrar en su casa, y aun la de D. Juan, que odiado en los Países Bajos, sin recibir los recursos que habia pedido á España, cayó en un abatimiento y tristeza que le causó una fiebre violenta, de que murió en Octubre de 1578, á los treinta años de su edad, comparándolo los escritores enemigos de Felipe, á Germánico muerto en lo mejor de su vida, víctima de las asechanzas de su padre adoptivo Tiberio. Felipe sin embargo, manifestó el mayor sentimiento por la muerte de D. Juan, cuyo cadáver hizo trasladar al Escorial. Succedióle en el gobierno de los Países Bajos, el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, que habia llegado con los refuerzos mandados de Italia, y se habia distinguido en Lepanto y en las campañas sucesivas contra los turcos, y en Flandes adquirió la fama de uno de los mayores generales de su época.

La muerte de D. Sebastian rey de Portugal, que pereció con todo su ejército en una expedicion contra el emperador de Marruecos, abrió un nuevo cam-

po á la ambicion de Felipe. El cardenal D. Enrique que sucedió á aquel príncipe desgraciado, era anciano y achacoso, y falleció sin decidirse á nombrar sucesor, vacilando entre casarse, para lo que pidió dispensa al papa, ó elegir á alguno de los pretendientes. Estos eran varios, y aunque el rey de España no era el que tenia el mejor derecho, pues descendia por hembras del rey D. Manuel, y las leyes del reino excluian de la corona á los extrangeros, mientras que la duquesa de Braganza descendia por varon del mismo soberano, en igual grado; aquel trajo en apoyo de sus pretensiones un argumento que los otros no podian emplear, que fué mandar un ejército á hacerse dueño del reino disputado. Dudábase á quién se daría el mando de estas tropas, pues aunque el duque de Alba fuese mas capaz que ningun otro de desempeñar aquel encargo, habia sido desterrado de la corte y se hallaba á la sazón en el castillo de Uceda, por haber favorecido el casamiento de su hijo D. García contra las órdenes del rey, que habia dispuesto satisficse éste las obligaciones que habia contraido con una dama del palacio: Felipe no habia querido levantarle el destierro, á pesar de las sollicitaciones en su favor del papa y de varios príncipes extrangeros, porque era inflexible cuando se trataba del respeto debido á su autoridad, ni el duque, orgulloso por carácter y lleno de vanidad por sus servicios, habia querido tampoco hacer acto alguno de sumision. Sin

embargo, Felipe envió á dos de sus secretarios á preguntar al duque si su salud y achaques le permitirian tomar el mando del ejército, á lo que aquel contestó, que las pocas fuerzas que le quedaban las sacrificaría con gusto en su servicio, y pidió permiso para ir á Madrid á besar la mano al rey. Este se lo negó, y el duque, no obstante haber sido tratado con tanta dureza, fué á ponerse á la cabeza del ejército para conquistar un reino, sin que el soberano recelase que el súbdito ofendido pensase en vengarse faltando á sus deberes, ni este tratase de otra cosa que de dar prueba de su fidelidad con nuevos y señalados servicios; confianza que honra no ménos al uno que al otro.

La invasion de Portugal se hizo casi sin resistencia: en Lisboa habia sido proclamado rey por el pueblo que le era muy adicto, D. Antonio, prior de Crato en la órden de Cristo, uno de los pretendientes que derivaba sus derechos de una rama bastarda; pero aunque las tropas que levantó hubiesen intentado defender algunos pasos difíciles, fueron batidas y dispersas, y el duque de Alba, acostumbrado en Flandes á no ver mas que rebeldes en todos los que resistian á las voluntades de Felipe, trató como tales á los portugueses; entregó al saco la ciudad de Cascaes, cuyo castillo hizo resistencia, é hizo degollar á D. Diego de Meneses, general de las tropas de D. Antonio, que habia sido hecho prisionero. D. Antonio, viendo que no podia sostenerse en Lisboa, se retiró á Santarem,

y el duque de Alba entró en aquella capital, en la que hizo proclamar al rey Felipe, obligando á los habitantes á prestarle juramento de fidelidad y á tomar parte en las fiestas que con este motivo se hicieron. Al mismo tiempo el marques de Santa Cruz con la escuadra española, se apoderó en el Tajo de la portuguesa, y D. Antonio, no habiendo sido recibido en Santarem sino con la condicion de que habia de salir muy pronto, lo verificó así y despues de algunas tentativas infructuosas en las provincias del Norte, se trasladó á Francia en busca de auxilios con que sostener sus pretensiones. Felipe prometió ochenta mil ducados á los que lo entregasen, pero era tal la aversion que el pueblo tenia á los castellanos, y la inclinacion que profesaba á D. Antonio, que este anduvo oculto y errante por muchos meses en la provincia de Entre Duero y Miño, sin que nadie se atreviese á entregarlo ni á delatarlo, no obstante el cuantioso premio que se ofrecia.

Felipe se habia acercado á la frontera de Portugal, y en Badajoz cayó gravemente enfermo, habiendo fallecido en la misma ciudad la reina D^a Ana su cuarta muger: restablecida su salud, entró en Portugal en 1581, y en las cortes del reino que se celebraron con gran solemnidad en el convento de Tomar, fué reconocido y jurado por rey, prestando él mismo el juramento de observar los fueros y leyes de aquel reino. Publicó en seguida una amnistía, con tantas excep-

ciones, que solo podia ser útil para los que no hubiesen delinquido; concedió varias mercedes que á nadie contentaron, é hizo dar setecientos mil ducados á la duquesa de Braganza, para contentarla por haberla privado de la corona, la que no quedó por esto satisfecha. Hizo su entrada solemne en Lisboa el 29 de Junio, y en esta capital el duque de Alba murió á principios del año siguiente á los setenta y cuatro años de edad, habiendo coronado sus largos servicios con la toma de aquella ciudad y de todo el reino; el rey Felipe estuvo á visitarlo en su enfermedad, y lo acompañó en sus últimos momentos el P. Fr. Luis de Granada. Sancho de Avila, que habia ido en calidad de maestre de campo general, habiendo salido salvo en tantos combates en Flandes, murió tambien en aquella capital de una cox de caballo. Felipe, habiéndole prestado el 30 de Enero de 1582 juramento de fidelidad los diputados del reino y todas las autoridades, y reconocido por sucesor al príncipe D. Felipe, se puso en camino para volver á Castilla el 11 de Febrero, dejando por virey de Portugal al archiduque cardenal Alberto su sobrino, y llegó al Escorial el 24, yendo en derecha á la iglesia de aquel monasterio á dar gracias á Dios por el buen suceso de sus armas. D. Antonio logró algunos auxilios en Francia, y salió con una escuadra de Burdeos ó de Nantes y atacó las islas Terceras, pero fué derrotado por el marques de Santa Cruz, y como Es-

paña estaba en paz con Francia, los franceses que fueron hechos prisioneros en una de las acciones que con ellos hubo, fueron considerados como piratas y como tales ahorcados. Todas las colonias portuguesas se sometieron sin resistencia.

Con la adquisicion de Portugal y sus pertenencias, los estados del rey Felipe tuvieron un inmenso aumento. Nunca tan gran porcion del globo terrestre habia estado ni ha vuelto á estar bajo el dominio de un solo hombre, y las águilas austriacas (1) abrazaron en su vuelo toda la circunferencia del universo, por lo que se dijo con verdad que el sol no se ponía nunca en los estados del rey de España. Comprendian estos con la union del Brasil, perteneciente á la corona de Portugal, todo el continente de América, sin mas excepcion que las regiones del Norte entónces solo habitadas por salvages, y en que apénas se comenzaban á establecer algunas colonias inglesas: las islas Marianas y Filipinas en el grande oceano, ponian en comunicacion las posesiones de América con las del Asia, que ocupaban las costas del Malabar y del golfo Pérsico, con las islas del mar de las Indias, que todo formaba el vireinato de Goa: las costas oc-

(1) El blason de la familia de Austria era el águila fabulosa de dos cabezas, que en la rama española llevaba en el pecho el escudo de las armas de España. Antes de la independencia de Méjico, estas armas se veían en muchos edificios, especialmente en las bóvedas de la catedral, y es preciso confesar que nadie tuvo tan buen derecho para poner sus armas en algun edificio, como en la catedral de Méjico los reyes de la familia de Austria española, que la hicieron edificar con tanto costo y con tan decidido empeño.